



El Muchacho que no Se Dejó Ser Castigado

Mi madrecita, una mujer de carácter de gran firmeza y decisión y a la vez muy piadosa, era viuda. Cuando decía algo, era precisamente lo que quería decir, pero a la vez ella era tan mansa y tierna como una corderita.

Una vez en el otoño del año, cuando yo tenía quince años, estaba procurando mover un trozo de madera que se encontraba en el jardín de la casa. Supliqué a mi hermano de doce años, que me ayudara, pero en vez de hacerlo, se paró riéndose de mis grandes pero inútiles esfuerzos. Por fin me molesté mucho y cogí un chicote y le di una buena chicoteada. Era cosa que Mamá nunca permitía – que uno de nosotros le pegara a otro. Eso solamente le correspondía a ella.

Al oír la bulla, ella salió de la casa y dio a mi hermano una buena paliza y le exigió que me ayudara pasar el trozo a su lugar.

Una vez terminado el trabajo, me dijo: “Ahora, Hijo, te voy a chicotear por haberle pegado a tu hermano.”

Hacía tiempos que yo no había recibido una chicoteada y ya me consideraba hombre. No me cabía la idea que a la edad que tenía, me tocaría recibir otra chicoteada. ¡Nunca jamás! Ciertamente había infringido una de las reglas de Mamá pero de todas maneras mi hermanito me había ofendido y lo merecía. Si yo hubiera tomado unos cinco pasos y hubiera contado a Mamá lo que pasaba, ella hubiera arreglado el asunto. Hubiera exigido que mi hermano me diera la mano, pero en vez de hacer esto, yo había tomado la ley en mis propias manos y había hecho lo que yo aseguraba que Mamá también hubiera hecho. Le dije:

“No, Mamá, usted no me va a pegar.”

“Sí, Hijo, te voy a pegar,” y se me acercó con la intención de castigarme. Yo me salí huyendo y como un muchacho malcriado, volteé las espaldas a mi madre y me fui de la casa como a cuarto millas y pedí trabajo de un campesino próspero, muy noble y bondadoso. El sueldo iba a ser cinco dólares al mes. Le conté lo que había sucedido y como yo me había enojado con mi madre. Él ofreció acompañarme a casa para interceder por mí para que la cosa quedara arreglada, pero yo tenía mucho del carácter de mi madre. Por lo tanto no acepté su oferta.

Comencé a trabajar pero no me sentía feliz. Perdí las ganas de comer y no pude dormir. Me fue de mal en peor. Siempre esperaba que Mamá me llamara para disculparse conmigo y recibirme de nuevo en la casa, pero eso no sucedió.

Comencé a sentir que yo más necesitaba a una madre y un hogar que ellos me necesitaban a mí – una lección que muchos muchachos no aprenden hasta que es demasiado tarde.

Trabajé una semana y sábado por la mañana conté a mi patrón que deseaba irme a la casa. Él estuvo de acuerdo y bondadosamente ofreció acompañarme pero yo prefería irme solo. Me pagó mis centavos pero al recibirlos, sentí odio por el dinero. Sentí como si hubiera vuelto plomo y más pesado se puso al paso que me acercaba a la casa. Al fin lo saqué de la bolsa y lo aventé tan lejos que pude.

No me apresuré en el viaje que no era más de cuarto millas pero me tardé cuatro horas en hacerlo. ¡Tan largas ellas eran! Me detuve muchas veces, di la vuelta dispuesto a regresar. Adentro dos voces me estaban hablando. Una, dulce y amable me decía: “Regresa a casa. Ríndete a tu madre y obedécela.” La otra decía: “No lo hagas. Mejor morirte antes que hacerlo.”

Quienes jamás se han calzado zapatos de “hijo pródigo”, no pueden saber lo que me costó ese viaje ni imaginarse cuanto tiempo gasté en hacerlo. Muchas veces pensé mejor no seguir pero al sentirme así, me arrodillaba y oraba. Eso siempre me ayudaba. Me sentía más decidido.

Los últimos cien metros se me hicieron una milla. Si solamente fuera de noche, sin luz alguna con tal de que mi madre no me viera ¡que mejor fuera! Pero no era noche. Era de día, y el día era de los más hermosos, calmo y tranquilo, un día de noviembre. ¡Tan negro el corazón culpable se ve bajo la luz brillante!

Al acercarme a la casa oí que mi madre estaba cantando:

*“Cariñoso salvado, huyo de la tempestad
A tu seno protector, fiándome de tu bondad.”*

¡O, que himno ese! ¡Que emociones provocó en mi corazón! Esperanza y Vergüenza batallaron en mi pecho, pero gracias a Dios, Esperanza triunfó.

Precisamente en el momento de acercarme a la puerta, Mamá estaba arreglando la mesa para servir el almuerzo.

“Buenos días, Hijo” me dijo tan amablemente como siempre acostumbraba a saludar a sus visitas. “Pasa adelante. Siéntate,” me dijo ofreciéndome una silla. “Ojala que te encuentras bien, Hijo.” Aquella palabra “hijo” me dolió mucho porque no me sentía digno de ser llamado “Hijo”.

“Estoy bien, gracias.” No me atreví decir “Mamá”. “Y usted, ¿qué tal?” le pregunté.

“Muy bien, muchas gracias, mi Hijo,” y siguió platicando como si yo fuera una vecina que venía de visita. Quise confesarle mi pecado y vergüenza pero no sabía cómo ni por dónde comenzar. Muy luego el almuerzo se sirvió y con toda la bondad y cortesía me invitó para almorzar con ella.

Cuando nos hallamos sentados a la mesa, me dijo: “Hijo, ¿no nos haces el favor de dar gracias por la comida?”

¡Qué terrible! Por poco las palabras me ahogaban y eso a pesar de estar acostumbrado hacerlo hace mucho tiempo. No pude comer y Mamá en eso se fijó y me dijo: “¿Seguro que estas bien? Me parece que te sientes mal.”

“Sí, estoy bien.”

Al finalizar el almuerzo le dije: “Mamá, ¿no quiere que le ayude con algún trabajo?”

“O, no, Hijo. No quiero que mis visitas hagan oficio.”

“Pero, Mamaíta” le contesté. “He regresado a casa y quiero trabajar y dejar mi necesidad.”

Me contestó: “Bien, pero francamente te digo, si quieres recibir tu chicoteada, puedes quedar. Si no, recoge tu ropa y márchate.”

Pegué un salto. Quité mi saco y chaleco y me senté mirando el respaldo de la silla con mis espaldas hacia ella y le dije: “Mamá, acepto la chicoteada y me quedo con usted. Agarre el chicote y démelo.”

“Ya estuvo pues, Hijo, Oremos.”

Ella oró y ¡qué oración! Todavía se me queda como la melodía de algún himno hermoso. . . embellecido con la música del cielo mismo. De allí en adelante tenía un hogar y otra vez una madre y me puse tan feliz como le es posible para un muchacho en esta vida. Hasta el día de hoy tengo vergüenza por mi pecado. Estimo tanto a mi madrecita que cuento esta historia para que sea de ayuda a quien la lee.